



VI.

**A**ORTUNY regresó de Marruecos el 23 de abril de 1860, y llegó por primera vez á Madrid, el mismo día en que entraba en la capital el estado mayor del ejército. Fué presentado entonces á D. Federico de Madrazo, y visitó el Museo. Prosiguió luego su viaje, visitando de paso Almansa y Valencia, y entró en Barcelona la vispera del Córpus. Como tenía por costumbre, no dejó el lápiz durante el camino, y trajo en su álbum algunos cróquis de los alrededores de Madrid, y de dos iglesias de Almansa y Valencia. Apenas llegado á Barcelona, la Diputación provincial concibió el proyecto de pensionarle para un nuevo viaje por Europa, y para que visitara los museos de Paris, Munich, Berlin, Bruselas, Milan y Florencia;



en su celo por su jóven protegido se ocupó en las condiciones de este segundo viaje « todo de sentimiento é idealismo » decia el dictámen, y se proponia que le acompañara en él un amigo suyo, D. Antonio Piera; pero este proyecto no se realizó, y quedó reducido á que Fortuny de regreso á Roma pasara rápidamente por París, con el objeto de que viera los cuadros de batallas de Horacio Vernet, y muy particularmente el *Smalah* del Museo de Versalles. En París estuvo muy pocos días, pero fueron suficientes para que visitara, además del Louvre y Versalles, la Academia de Bellas Artes y entablara relaciones de amistad con Hebert y Enrique Regnault. Apenas reinstalado en Roma, trabajó con los materiales recogidos y se ocupó en dar cumplimiento á las obligaciones de pensionado. Envió en los años siguientes (1861 y 1862) su cuadro al óleo la *Odalisca*, su primera acuarela, el *Contino*, una copia de un Angel de Rafael, y otro cuadrito al óleo, el *Florentino*, que figuran en la secretaria de la Diputacion de Barcelona; una copia del *Tarquino y Lucrecia* de Guido Gagnacci, y diez y siete figuras del natural las cuales llevan diversas fechas de 1859 á 1861 y posee la Academia. Habia remitido igualmente á su profesor D. Claudio Lorenzale, copia fotográfica de la *Batalla de Wad-rás*, y otras de dos bocetos para unos cuadros con asunto histórico. Compuso por entonces varias

Cabezas de negros, una de ellas generalmente conocida (1), otras de jefes Kábilas; una escena de bate-leros Kábilas, y algunos otros cuadros; además de estos copió á Rivera, Bassano y Rubens. En el verano de 1861 pasó por unos días á Florencia, y en el año siguiente, y cuando acababa de enviar la *Odalisca*, fué de nuevo al Africa de acuerdo con la Diputacion de Barcelona, saliendo de Roma en setiembre de 1862, y permaneciendo en Marruecos los dos meses siguientes. Hizo esta segunda excursion por los lugares ya recorridos, con mayor libertad y mayor gusto que la primera, y como crecia el amor y curiosidad que le inspiraban sus habitantes y sus costumbres, lo estudió todo con mayor detenimiento; llevado de su entusiasmo aprendió el árabe, y vistióse de moro, para no ser molestado en sus paseos artísticos. Con nuevas y bien repletas carteras, regresa segunda vez á Barcelona, donde cada dia era más admirado y festejado por sus amigos; y como permaneciera en ella los primeros meses de 1863, y fuera también á Reus á saludar á su familia, dejó en prenda de amistad varios cuadros pintados por entonces; que jamás se daba punto de reposo. Es sin duda el más notable de ellos,

(1) La posee Mr. Stewart.



el que regaló á su protector D. Buenaventura Palau, y que tituló *La corrida ó Fantasia de la pólvora*.

Vamos á ocuparnos de algunas de estas obras.



## VII.

**E**L estudio del modelo, sin duda, aficionó á Fortuny casi exclusivamente por aquellos días, al de las formas desnudas y del modelado de las carnes, puesto que figuran en la mayoría de los citados cuadros. Hemos visto ya que habia pintado algunos asuntos mitológicos (Nereidas y Bacantes). En su primer envío, de vuelta de Africa, figura igualmente una mujer desnuda, la *Odalisca*; en su copia de los clásicos otra, *Lucrecia*; de Rubens copió las *Tres Gracias*; de Rafael *Un niño*, desnudo tambien; sin contar ahora los diez y siete estudios académicos,

Se le reprochaba entonces el descuido del estudio anatómico, avezado como estaba á la copia apremiante y fugaz del natural, pero con los indicados ejercicios progresó en aquel, y aunque no fué irreprocha-



ble en este punto hasta mucho más tarde, media notabilísima distancia entre semejantes envíos y las primeras obras que dejó en Barcelona. Las diez y siete figuras que remitió á la Academia lo atestiguan, colocadas hoy en las clases de dibujo de la misma, entre los ejemplares modelos. A lápiz, á pluma y á la aguada, se distinguen de todas las demas por su peculiarísimo estilo, menos simple y grandioso de lo que en lo antiguo se usaba, pero tambien mucho más acabado, más viviente y lleno de relieve y claro-oscuro que asemeja los toques del lápiz al colorido. Lejos de poseer la rigidez y frialdad escultórica de las antiguas copias, parece descubrirse en ellas la animacion y el calor de la vida en el cuerpo humano con la paciente y minuciosa investigacion de los más delicados pormenores, la cual da á las carnes morbidez, turgencia y blandura, al músculo elasticidad y vigor. Las cabezas y los torsos son notabilísimos; algunos sorprenden por su robustez atlética, otros por la belleza y gracia del contorno; todos, por la correccion del dibujo, por su enérgico y poderoso relieve, aunque no carezcan de algunos fragmentos en que se nota cierto descuido y dureza. De entonces acá, otros pensionados jóvenes imitaron á Fortuny en semejante manera de interpretar el modelo, y fué por algunos superado.

En la *Odalisca* hizo gala de las mismas cualidades,

con el mayor hechizo del color transparente y limpio. Envió este cuadro á la Diputacion de Barcelona á guisa de presente, rogándole que lo admitiera como la primera obra ofrecida por un artista catalan para formar el Museo provincial entonces en proyecto; y en verdad que era digna de encabezar escogida galería, porque este es sin duda alguna el primer cuadro en que deja de admirarse al discípulo como una esperanza, para embelesarse delante una realidad del maestro. Menos brillante y deslumbradora que otras posteriores, preside en aquella pintura mayor unidad é indefinible gracia y delicadeza en el manejo del pincel, y la originalidad vigorosa que surge por primera vez, segura de sí misma, se halla unida, tal parece al menos, á la influencia de la contemplacion de las grandes obras. La *Odalisca* es una mujer bellísima, de correcto perfil y morena tez, que ostenta sus encantadoras formas, tendida sobre un divan, indolente y en lánguida postura, rodeada de algunos objetos suntuarios, que aparecen aquí por vez primera. Un eunuco vela por ella en el fondo. La figura resalta sobre oscuro, y ninguna brillantez desusada en los accesorios divierte la atencion hácia otro punto del cuadro. Se concentra en ella, en sus hechizos, en el suave y transparente cutis, de entonacion acertada y simpática. Esta obra fué unánimemente admirada, y recibida con caluroso



elogio, cuando su envío, como rica revelación de las excepcionales cualidades de colorista de su autor, y éste, que en el último período de su vida condenaba con rigor las obras de los primeros años de su juventud, exceptuaba sin duda á la *Odalisca* concebida con tan fresca y brillante inspiración y ejecutada con tal maestría y cariño.

Las copias de la *Lucrecia*, de Guido Gagnacci, y el *Niño* de Rafael, son también muy notables, porque en ellas tampoco abdica completamente Fortuny las propias inspiraciones. Hay vehemencia, hay fogosidad, hay soltura en el copista. Se diría que se apodera del alma de sus autores, é interpreta de nuevo sus asuntos, infundiéndoles el calor espontáneo con que ejecutaba sus originales. Atrajo sin duda su atención el cuadro de Gagnacci por la viveza del colorido, y en cuanto al *Niño* de Rafael, con razón hizo notar D. Pedro de Madrazo que Fortuny «trató la pintura del Urbino con desenfado realista,» dejándole al propio tiempo su genuina grandeza, pues se nota realmente que no sólo reprodujo la pintura, sino los accidentes materiales con que el tiempo había deslustrado el fresco; grietas y manchas; rara fidelidad que da á la copia el aspecto de un fragmento arqueológico y tiende sobre ella un velo de respeto y veneración que acrecienta su mérito indudable.

Las anteriores obras estuvieron expuestas en el palacio de la Diputación, poco después de haber sido remitidas, circunstancia que recuerdo porque á ella va unida otra, digna en mi concepto de ser apuntada, y es la publicación de un juicio crítico de las mismas de D. José Puiggari en la *Revista de Cataluña* (1), que veía la luz entonces en Barcelona, documento fehaciente de la singular admiración que había despertado Fortuny, y del conocimiento exacto y fidelísimo que ya se tenía en aquella época de su mérito. Como no he visto citado este artículo en ninguna de sus biografías, y antes por el contrario se ha creído que D. Manuel del Palacio en 1866 fué el primero que, de un modo decidido y definitivo, llamó la atención pública hacia Fortuny, cabe reivindicar para el Sr. Puiggari la primacía, pues su artículo es de febrero de 1862. Pero, esto es insignificante; hay más. Triunfos posteriores, en particular los que alcanzó en París en 1870, han esparcido la idea de que sólo hasta entonces fué el pintor plenamente apreciado, puesto que en sus anteriores obras, en su *primera manera*, no brillaban, ni aún se traslucían las peculiares dotes de su peculiar estilo. Esta aserción no puede sentarse ya en absoluto, cuando se tiene cono-

(1) *Revista de Cataluña*.—1862.—Tomo I, pág. 227 y 228.



cimiento del artículo á que me refiero. Es imposible dudar que al redactarse, se ignoraban por completo los juicios que habian de valer á los inteligentes estas obras posteriores, ya que no existian; pues bien; hay en él frases enteras que parecen copiadas de los criticos franceses ocupándose de la *Vicaria*, ó lo que es más, de la *Eleccion de Modelo*. Al enumerar las cualidades del pincel de Fortuny, dice el Sr. Puiggari: «vehemencia de color que raya en miraje, observacion perspicua, ojo certero, presentimientos felices, arranques espontáneos.» Poco más se dijo despues, y no con nuevas frases se caracterizó el estilo del pintor. «...En una palabra,—añade,—las facultades más cabales para constituir un gran maestro, una especialidad á su tiempo; todo esto vemos en los cuadros y bocetos del pensionado.» Véase cómo se traslucia el futuro destino del artista, y cómo se profetizó lo que habia de ser. «No dudamos augurar para Fortuny un espléndido porvenir, quizás el destino reservado á los grandes hombres que hacen época.» Como este juicio del crítico era además opinion general en la patria del pintor, reivindicamos para aquél y para ésta la gloria de haber sabido apreciar su valía desde su juventud, y de haberle protegido y alentado con inteligente y entusiasta aplauso.

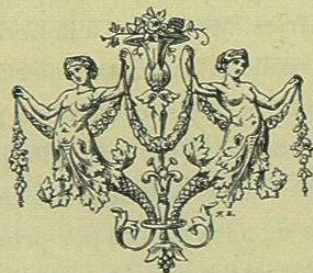
La pequeña tabla, en la que figura un guerrero florentino, se halla pintada con tal belleza y primor, que

recuerda el minucioso pincel de Meissonier. Este no se desdeñaria de firmarle, ni perderia con ello su firma su alto precio, pues por la correccion del dibujo, el color brillante y la soltura y viveza del toque, se reputa obra muy excelente, y atrae el ansia de poseerla como joya preciosa. Cuando se dice que Fortuny tomó más tarde mucho de Meissonier, viene á las mientes este cuadrato de fecha anterior á las relaciones de ambos, y en el cual despunta por primera vez la aficion á la pintura en pequeño, con *factura* muy parecida á la del autor de «1807.»

Pero excede en belleza á todas las composiciones hasta aquí mentadas, la última por su fecha (1863) y la primera en importancia de las que ejecutó con los materiales de Africa. Me refiero á la *Corrida de la pólvora* que abre en realidad la vasta galeria de cuadros con asuntos orientales, puestos en moda por Fortuny desde aquella época. ¡Cómo van dibujándose y distinguiéndose los rasgos salientes de aquella fisonomia artistica! Uno de ellos parece por primera vez en esta obra, y es la mezcla, la rara y notable fusion del elemento real y del elemento de pura fantasia, fusion que se observa en otras obras posteriores. El peloton de marroquíes que jinetes en soberbios caballos pasan corriendo en tropel, y disparando al propio tiempo sus espingardas, produce en el ánimo del espectador la im-



presion de una escena fantástica, sin que se desconozca por ello que pudo ser tomada de la realidad. El vertiginoso movimiento de los caballos, las actitudes de los jinetes, sus flotantes vestiduras, la nube de polvo y humo que les envuelve, dan al conjunto el aspecto de lo puramente imaginado como ocurrido en la region de los sueños, pero imaginado con tal belleza que admira y fascina, y la verdad y la consistencia de las figuras y los accidentes materiales no excluye una como poética realidad, distante por cierto del falso idealismo que acarició el pintor en un principio.



## VIII.

**C**ONTABA Fortuny veinte y cinco años, cuando volvió á Roma, dispuesto á pintar el cuadro de la *Batalla de Tetuan*. En 2 de marzo de aquel año (1863) la Diputacion de Barcelona resolvió prolongarle la pension por otros dos, y á fines del mismo mes le libertó de los compromisos contraidos cuando pasó al Africa, reduciéndolos á la pintura de aquel gran cuadro. Este era ya el último vínculo que le uniera á su patria.

Más nutrido su ingenio con el ejercicio del pincel en su segundo viaje al Africa, y la vista de las obras de los Museos de Madrid, Versalles, Florencia; ensanchado el círculo de sus relaciones y de sus ideas con la mayor frecuencia del trato, se afirma y asegura el



cambio lento pero progresivo que se habia operado en él desde su salida de Barcelona. Cuando pasó de la Via Ripetta al nuevo taller de la Via Flaminia, llamado *Studio del papa Julio*, su reputacion, naciente en Roma, crece y se extiende entre los pintores y amigos hasta ser conocida de los mercaderes y personas principales que acuden á la ciudad y emplean en la compra de objetos de arte cuantiosas sumas. Finido el plazo de su segunda pension en 1865 (1), hubo de mirar con preferencia por sus propios intereses. Era ya libre. A los compromisos contraidos sucedia la propia eleccion; al recuerdo de los preceptos el génio propio; á los esfuerzos para satisfacer con grandes composiciones las esperanzas de profesores y amigos, la necesidad de obedecer á las sugerencias del pedido y del aplauso.

Empezó entonces realmente su carrera. En la pintura de caballete, la aguada, el grabado al agua fuerte, el dibujo á pluma, empleó desde entonces su infatigable laboriosidad. Rechazó en todos sentidos toda convencion, de forma que á partir de aquí se reflejan siempre en el catálogo de sus obras los espectáculos

---

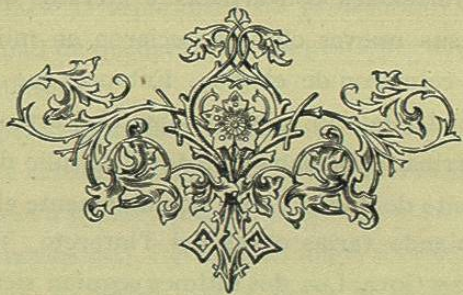
(1) El Duque de Riánzares continuó esta pension á Fortuny hasta 1867.

que le rodeaban, y la clase y número de prendas y objetos artisticos que empezó á coleccionar. Seguia trabajando por una parte con los materiales traídos del Africa; algunos trajes del siglo pasado que adquirió le aficionaron á la pintura de casacones; los modelos que le ofrecian la campiña y los barrios bajos de Roma eran tambien asunto de sus estudios. Vemos inaugurarse, pues, la série de aquellas obras que pertenecen exclusivamente á su personalidad, tal como hoy es conocida, é imprimen carácter propio á su estilo.

Sus dos viajes á Madrid y á Paris en 1866 tuvieron influencia decisiva en su carrera, ensanchando el círculo de su reputacion. Por mediacion del pintor Sans, contrajo relaciones con artistas y literatos que á la vista de sus nuevas obras apreciaron en mucho su valía y le colmaron de elogios. Entonces fué cuando D. Manuel del Palacio publicó sobre él el artículo citado más arriba. Se hallaba en Madrid en julio de aquel año, y visitó de nuevo y más detenidamente el Museo Real, copiando varias obras del Tintoreto, Ticiano, Velázquez y Goya. Los dos últimos seguian siendo sus maestros predilectos, y la influencia que tuvieron en su estilo data de esta época. Con su viaje á la capital de Francia en el siguiente otoño, hallóse Fortuny en el verdadero centro artístico de la moderna Europa; en el gran mercado de las obras superiores,



donde el ingenio dispuesto á acatar las prescripciones de la opinion pública recibe el santo y seña, y los poderosos retribuyen más largamente el talento de los artistas. Pudo examinar despacio los progresos del arte en la capital, y qué reclamaba el gusto y aún la moda reinantes en ella. Conoció entonces á Goupil, y éste, que le apreció en mucho desde luego, le hizo tales y tan ventajosas proposiciones, que desde entonces su porvenir estaba asegurado.



## IX.

**L**As obras ejecutadas por Fortuny en este breve período de mediados de 1863 á 1866, son numerosas y de diversa indole; mas en la coleccion de las mismas ocupan desde luego preferente lugar sus acuarelas, porque con ellas atrajo poderosamente la atencion como artista singular en Madrid y en Paris, y causó de súbito vivo entusiasmo y admiracion extraordinaria á los inteligentes.

De todos los pintores modernos, Fortuny es sin duda quien ha contribuido más que otro alguno á poner en boga este género de pintura, estimulando con sus inimitables producciones la aficion de aquellos y del público. Apenas llegado á Roma, se dió á conocer ventajosamente como acuarelista; el continuo ejercicio le